



Fraternidad Laicos Cavanis
Casa Sacro Cuore, ISTITUTO CAVANIS
Via Col Draga – POSSAGNO (TV)

MONASTERO INVISIBLE 02.01.2021

Carisimos,

escribo estas pocas líneas mientras se celebra en la Iglesia la Fiesta de la Sagrada Familia; el nacimiento del Señor, en la estructura que sostiene la liturgia, constituye no sólo un acontecimiento singular, aislado en el tiempo, sino, más bien, un tiempo dilatado y difuso en el que se explica la reflexión de la Iglesia sobre la Encarnación del Verbo, sobre los resultados producido en la Historia de la Salvación y sobre la dimensión pascual que le es propia. De hecho, si la Pascua es el nuevo pasaje de Dios que vino a salvar a su pueblo de la muerte, como ya había salvado a los antiguos padres de Egipto, bien de este tránsito la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús son el cumplimiento pero la Encarnación es el comienzo. La fiesta de la Sagrada Familia guía nuestra mirada para contemplar el entorno en el que el Hijo de Dios, engendrado por María de Nazaret, crece y toma conciencia de sí mismo, de su propia humanidad y de su relación con el Padre. La hermosa narrativa de Lucas captura la fase inicial de este entorno (que también se está gestando porque la paternidad es una experiencia que se obtiene al crecer y madurar progresivamente); se nos muestran las primeras iniciativas de los dos padres que, fieles a la tradición religiosa en la que fueron educados, llevan a su hijo al templo para presentarlo al Señor. Cuando la fe representa una realidad vital y constitutiva no es posible pensar en el niño fuera de esta dimensión; para José y María la iniciativa tomada no es, por tanto, una adhesión formalista a la prescripción mosaica, sino la expresión de una sensibilidad que les lleva a percibir cada acto como realizado en presencia de Dios. La pareja, llevando a Jesús al templo, sitúan su paternidad y maternidad en el soplo de esperanza y fe de Israel del que Jesús constituye la realización y del que son, al mismo tiempo, mediadores y destinatarios. Por tanto, es agradable pensar en la familia como el lugar donde la fe constituye el sustrato vital y donde la educación humana y espiritual de los niños no son cosas distintas sino aspectos de un solo proceso de maduración. Y es bonito pensar en la fuerza de un carisma, como el nuestro Cavanis, nacido *“principalmente para ejercer con los jóvenes los deberes no tanto de maestro como de padre, en ayuda de la acción educativa de la familia”* (cf. *Const. Y Normas, art. 2*).

In fraternitate sanguinis Christi

il Coordinatore della FLC della Delegazione d'Italia,

Massimo Mazzuco

Del Evangelio según San Lucas (Lc 2, 22-40):

Cuando se completaron los días de su purificación ritual, de acuerdo con la ley de Moisés, ellos (María y José) llevaron al niño (Jesús) a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: "Todo primogénito varón será consagrado al Señor." - y ofrecer un par de tórtolas o dos pichones en sacrificio, como prescribe la ley del Señor.

Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, un hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él. El Espíritu Santo le había predicho que no vería la muerte sin antes ver al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, fue al templo y, mientras sus padres llevaban al niño Jesús allí para que hiciera lo que la Ley le prescribía, él también lo recibió en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

"Ahora puedes dejar, oh Señor, que tu siervo
ve en paz, conforme a tu palabra,
porque mis ojos han visto tu salvación,
preparado por ti ante todos los pueblos:
luz para revelarte a la gente
y gloria de tu pueblo, Israel".

El padre y la madre de Jesús estaban asombrados por las cosas que se decían de él. Simeón los bendijo y María, su madre, dijo: "He aquí, él está aquí para la caída y la resurrección de muchos en Israel y como un signo de contradicción, y una espada atravesará tu alma también, para que tus pensamientos sean revelados. de muchos corazones".

Intervención formativa del P. Diego Spadotto, en www.cavanis.org el 14.12.2020:

"Enseñanos a contar nuestros días y llegaremos a la sabiduría del corazón" (Sal 90, 12). Son muchas las oportunidades para reflexionar sobre lo que nos está diciendo la pandemia desde un punto de vista social y pastoral: la fugacidad y precariedad de la vida terrena, la certeza de la fe en la vida eterna, el consuelo de saber que no estamos solos en esta tormenta que cayó sobre el mundo, porque "el Verbo se hizo carne y vino a habitar entre nosotros". La pandemia también ha mostrado los límites de una vida religiosa que ha dejado de lado o relativizado todo lo importante. En primer lugar, el verdadero sentido de la vida comunitaria y luego la necesidad de una vida de oración comunitaria personal y no formal. Oración y caridad para no volverse "mediocres, tibios, mundanos", distraídos por "tramas", intereses personales y "muchas vanidades", en busca de "padrinos para hacer carrera". Atraídos por nuestros intereses y distraídos por tantas vanidades, corremos el riesgo de perder lo esencial. ¿Por qué intentar promocionarse y avanzar en la carrera? Todo pasa. Mira, dice el Señor. Los discípulos también se durmieron en las últimas horas de la vida terrenal de Cristo. Durante la Última Cena, traicionaron a Jesús; por la noche se dormían; al canto del gallo le negaron; por la mañana le dejan condenarlo a muerte.

El mismo letargo también puede descender sobre nosotros. Hay un sueño peligroso: el sueño de la mediocridad que nos hace vivir incluso la Navidad de Jesús a la moda del mundo. El sueño llega cuando olvidamos nuestro primer amor y seguimos por inercia. Esto corroe la fe, porque la fe es lo contrario de la mediocridad: es el deseo ardiente de Dios, es la continua audacia de convertir, es la valentía de amar, es siempre avanzar. La llamada de atención a este sueño de mediocridad es la oración que es como el oxígeno: "Así como no se puede vivir sin respirar, tampoco se puede ser cristiano sin orar". Pero también hay un segundo sueño interior que es el sueño de la indiferencia.

Cuando orbitamos solo alrededor de nosotros mismos y nuestras necesidades, indiferentes a las de los demás, la noche cae en el corazón. Constantes denuncias, victimización, etc. Es una cadena. Esta noche parece haber caído sobre muchos que lo reclaman todo y no están interesados en los demás. Parece que sentir compasión, ayudar, servir, es algo perdedor. En realidad es lo único ganador, porque ya está proyectado al futuro, al día del Señor, cuando todo pasará y solo quedará el amor. “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer” (Gal 4, 4), y en esta plenitud de los tiempos Dios se encuentra con la libertad de una joven que acepta acoger el misterioso designio de Dios y se ofrece a ser madre en la confianza filial en Él. Hoy el Señor pide a la vida consagrada la libre disponibilidad de María.